

LOS SIETE CONSEJEROS DEL PRESIDENTE

EN este bendito país un consejero del presidente del Gobierno no cobra un duro, ni tiene coche oficial, ni presencia pública, ni el distraído esparcimiento de las cacerías de élite política y financiera.

• Un consejero del presidente, en este país nuestro, no puede siquiera permitirse el prurito de saber que influye en la mente suprema del Gobierno. No; porque «Suárez escucha, pero no es impresionable ni impresionable. Oye a muchos, y resuelve en solitario».

• Un consejero del presidente debe ser tan exquisitamente humilde como para no señalar con el dedo aquel acierto del Gobierno que se hizo bajo su consejo. Tan lealmente prudente, como para no mover la cabeza, de un lado a otro, reprobando el descalabro que ya él había advertido.

• Un consejero del presidente mira, oye, informa y... pasa la página. Pero no pasa factura.

• El poder de un consejero quizá no sea otro que el de ser una voz que llega hasta los mismísimos oídos de Adolfo Suárez, traduciendo hechos y actuaciones, exponiendo estados de opinión, apuntando soluciones, avizorando riesgos. Ni más ni menos.

• En un principio, cuando Suárez nombró a sus «siete susurros» se pensó que había organizado un «Gobierno paralelo» para neutralizar complots y enmendar yerros. Pero, transcurridos más de cien días desde la designación, se ha evaporado la sospecha de «un Gobierno en la sombra». Suárez sigue siendo, esencialmente, un gobernante solitario. «Está solo en la cúspide del poder», me han dicho uno y otro de estos siete hombres. Por cierto, jamás se han reunido en torno a una misma mesa. Son eficacias «sin sueldo ni despachos», con pocos vínculos interpersonales. Algunos sí que ocupan un despacho y se dedican, «full time», al presidente «quemando ahorros, porque hasta ahora no ha habido paga alguna», me comentan.

• Así, José Ramón Lasuén y Lorenzo Olarte trabajan muy cerca del presidente en la misma Moncloa. Utilizan la vía del ministro Otero Novas. Salvador Sánchez-Terán tiene su empizamiento en Castellana, 3, cerca de Abril Martorell. Federico Mayor Zaragoza, con su bata blanca de bioquímico, sigue en su «cubilla» de la Universidad Autónoma, y desde allí hace llegar sus cuartillas con informes y dictámenes a Adolfo Suárez. Leopoldo Calvo-Sotelo acude frecuentemente a la Moncloa, o telefona a su consejero Arturo Moya, prepara las municipales desde U. C. D. Se ha instalado en un despacho amplio de Cedaceros, 11. Finalmente, Alfonso Osorio, el hombre que más cerca ha estado de Suárez y que hoy mantiene una cierta lejanía de posición política, es, sin duda, el más contundente de los consejeros, el más descarnado en sus avisos. Ha «ejercido» pocas veces.

• Yo recuerdo, y hace de esto más de un mes, le preguntaba a Osorio si había estado recientemente con Suárez como consejero. «Sí, hace poco —me dijo—. Y tú le viste cuando venía de estar conmigo. Lo pusiste en el "hilo directo". Describías la llegada del presidente al Pleno de ese día en las Cortes. Decías: "Suárez entra tarde y con la expresión torva, como si hubiese recibido un serio disgusto." Acabábamos de estar juntos.»

• Y bien, parece interesante acercarse al primer plano a cada uno de estos siete hombres, que conjugan libertad y lealtad en ese difícil ten con ten de favorecer la acción de Gobierno sin gobernar. Ellos son el verdadero «entourage» político de Adolfo Suárez.—P. U.

1 ALFONSO OSORIO: "NO HE INTRIGADO NUNCA"

• «Cada uno debe ser lo que de verdad es, y defender sus propias banderas, sin querer hacer suyas también las de los de enfrente. Eso no sería democracia, sino totalitarismo.»

• «Un político creyente no puede ni debe tomar iniciativas contrarias a las de su credo.»

• «Por el momento, yo estoy en U. C. D., a través de la democracia cristiana, para defender mis ideales y convicciones.»



SE resistía Alfonso Osorio a la entrevista. Hemos charlado varias veces, por teléfono, en su despacho de Petromed, en pasillos de Las Cortes, pero siempre con suplicado «off the record». No ha querido aparecer «en los papeles» desde que salió del Gobierno-Suárez, en julio de este mismo año.

—¿Por qué esa evasiva a «ser noticia»?

—En los dieciocho meses que estuve en el Gobierno, tanto con Arias como con Suárez, procuré hacer el menor número de declaraciones. Sólo las indispensables. Concretamente, en el segundo Gobierno cifré mi interés en trabajar para que todos los miembros del Gabinete estuviesen apañados en torno al presidente Suárez y traté a toda costa de evitar protagonismo personal. En cierta medida estoy en la misma línea.

—¿Y en qué otra cierta medida no está en esa línea?

—Desde mi propia ética considero que las obligaciones de un miembro del Gobierno son más vigorosas que las de un simple consejero. Por otra parte, manteniendo mis lealtades, no renuncié a mi libertad.

□ NO SOY UN ANSIOSO DE PODER

—En julio le pregunté por qué no seguía usted en el Gobierno y me respondió: «Porque no quiero. Estoy cansado.» Vuelvo a hacerle la misma pregunta.

—Sencillamente, porque no soy un ansioso de Poder.

—Pero aceptó usted ser consejero de Suárez, después de haber sido vicepresidente de Gobierno. ¿Y eso...?

—Ni más ni menos que para dar a Adolfo Suárez otra prueba más de amistad.

—Ya antes de la crisis de Arias se hablaba, porque existía, del fuerte tándem Suárez-Osorio. Después se reforzó el «congenite» entre ambos... ¿Qué quebró ese tándem? ¿Está usted ahora, humana y políticamente, más lejos de Suárez?

—No puede hablarse de «quiebra», sino de posiciones relativas diferentes, en el actual momento político español. Desde mi

punto de vista, una vez celebradas las elecciones generales, y teniendo en cuenta cuál fue el auténtico electorado que dio sus votos a U. C. D., consideré, y sigo considerando, que la posición fundamental de nuestro electorado es de centro-derecha. Esa es también mi posición en el espectro político. Suárez, en cambio, se inclinó en un primer momento —y por razones que deseo sean sólo tácticas— hacia el centro-izquierda. Evidentemente, su posición la respeto, pero no la comparto.

□ «VUECENCIA RESOLVERA»

—Ha de ser difícil aconsejar a un presidente que está en posición distinta a la de uno...

—Bueno, debo decir que, como tal consejero del presidente, he ejercido en escasas ocasiones. Yo pienso que la función del consejero, si actúa con honestidad e independencia, es la de exponer descarnadamente lo que piensa a quien está aconsejando. No olvido, y lo tengo muy presente, que todos los dictámenes deben terminar siempre con la frase ritual «V. E., no obstante, resolverá».

Osorio no tuvo que «empezar a ser monárquico» cuando juró Don Juan Carlos. El lo era de antes. Le comento mi extrañeza por su ausencia del Gobierno dada su experiencia, su monarquismo y su ucedismo, en momentos como éste, de consolidación de la Corona. Se levanta, revuelve en la librería y regresa con un volumen abierto en par.

—Permítame que me autocite, Pilar... Esto declaraba yo en 1974. Y pienso lo mismo hoy:

«La Institución monárquica es para todos los españoles, para los que la fueron leales siempre, para los que lo son ahora, aunque antes no lo fuesen, y para los que están dispuestos a acatarla mañana. Los

primeros que tenemos que hacer que así sea, aun con nuestra renuncia o sacrificio personal, si es necesario, somos los monárquicos "de siempre".»

¿INTRIGA USTED?

(En más de una ocasión me ha dicho Osorio: «No me gusta jugar, en política, de delantero centro. Prefiero actuar desde un segundo plano...» Osorio hizo con Suárez aquel Gobierno llamado «penene». Osorio fue el brazo ejecutor que descabalgó a Arellza de su liderazgo para que Suárez encontrase «pista libre» en las elecciones. Osorio —se ha dicho, aunque quizá sin razón— maniobró en la confección de las listas de candidaturas del Centro «para situar en números altos a hombres de su ideología». Osorio almuerza y cena con demócratacristianos y «tácitos». Va con alguna asiduidad a la Zarzuela...; es un hombre que parece reservarse para algún día.)

—¿Intriga usted? ¿Hace usted política, al margen de la del Gobierno?

—Un hombre con vocación política, y yo la tengo, hace política siempre; jamás se desprecupa de ella. Ahora, intrigar no he intrigado nunca. No es intriga exponer y defender los puntos de vista personales. No es intriga cambiar impresiones con quienes opinan de modo similar...

—Cenar con demócratas y «tácitos» descontentos, ¿es intriga?

—Extraña intriga es ésa que se produce a la luz pública y conociéndolo todo el mundo. Además, mis amigos y correligionarios políticos están, en una gran mayoría, entre demócratas y «tácitos». Que quede claro, pues, que me he reunido con ellos antes, durante y después de estar en el Gobierno. Pienso seguir haciéndolo cuantas veces me lo requieran o se lo requiera yo a ellos. Es absolutamente normal, en cualquier país democrático. Y no estoy dispuesto a admitir que nadie me dé lecciones de comportamiento moral. España ha evolucionado hacia un régimen pluralista y abierto, no hacia los silencios de más allá del telón de acero.

(¡Ah! El ex vicepresidente del Gobierno sonríe, sin alterar un solo músculo de su rostro. Como quien ha disparado no un dardo, sino un carcaj lleno de dardos... ¡y ha hecho diana de lleno!)

DEFENDER LAS PROPIAS BANDERAS, NO LAS DE ENFRENTO

—Queramos o no, llamémosles como les llamemos, en España sigue habien-

- «Suárez no puede ser, no es, otra cosa que el hombre clave en la derecha democrática.»
- «A veces se procura alimentar la desconfianza del presidente.»

do izquierdas y derechas, con diferencias que a veces son difícilmente toleradas. ¿Es, políticamente, aconsejable la transigencia? ¿Hasta dónde?

—¿Asistió usted a mi conferencia en el Siglo XXI, en junio del 76? Entonces me refería a ese tema; entre otras cosas venía a decir, y hoy lo mantengo como válido, que transigencia no significa identidad sin condiciones, sino posible avenencia sin violencias. Y entre contrarios es condición que cada quien lleve bajo el brazo el testigo de su buena voluntad. La izquierda puede y debe llevar su renuncia al maximalismo dialéctico, a la violencia y a la subversión, y el propósito de jugar democráticamente limpio. La derecha puede y debe llevar la conciencia de que ya no es todopoderosa como antes, y que la paz social cuesta un precio alto que es menester satisfacer... La izquierda debe comprometerse a aceptar la legitimidad de la Corona y a hacer imposible otra guerra civil; la derecha, ser leal a la Corona también cuando ésta no se ponga al servicio de sus intereses; aceptar la alternativa y hacer inviable el autoritarismo, que es más síntoma de miedo que de gallardía. Todo esto quiere decir que, en un verdadero juego democrático, cada uno debe ser lo que de verdad es y defender sus propias banderas, sin querer hacer suyas también las de los de enfrente. Eso no sería democracia. Sería totalitarismo.

«SOY UN CATOLICO LLENO DE DEFECTOS»

—Claramente, desde la calle se tiene a veces la impresión de que el Gobierno de Suárez cede demasiado, transige. Pero al irle hablar a usted me asalta el temor de que, en el fondo, invoque ahora un nuevo autoritarismo...

—No. No soy autoritario. Soy demócrata. No pertenezco a la «derecha autoritaria», sino a la «derecha democrática». Pero es muy importante que no se pierda la conciencia de que no podrá haber democracia sin autoridad.

—Insisto en apretar la clavija de esta cuerda. Desde su posición de centro-derecha, ¿hace suyas las posturas típicas de una sociedad permisiva?

—Mire, Pilar: yo soy un hombre lleno de defectos y de imperfecciones, pero soy católico y católico practicante. Pienso, pues, que un político creyente no puede hacer suyas más banderas que las de su credo. Por tanto, no puede, ni debe, tomar iniciativas contrarias a esa fe que trata de vivir. Otra cosa distinta es admitir que quienes no tienen esas creencias ni esa moral defiendan y mantengan sus propias posturas. Entonces, si consiguen imponerlas democráticamente, habrá que respetarlas, pero salvando siempre el fuero de la conciencia de cada hombre.

—Pero en el «centro», en la U. C. D., hay muchos hombres, tanto en el Parlamento, como en el «staff» del partido, como en el mismo Gobierno, no vinculados por una militancia religiosa o por una determinada creencia, y sus «fronteras» morales llegan muy lejos. En ciertos puntos importantes, ¿pueden darse discrepancias graves entre unos sectores y otros?

—En U. C. D. hay alas o tendencias. Es lógico y necesario. Pero, tanto por la línea derecha como por la izquierda, hay que dejar claro que existe una frontera moral y que hay cuestiones sobre las que no cabe discrepar. Por ejemplo, no entiendo la posición política de una «derecha democrática» que no defienda los baluartes de la

familia, del derecho a nacer, de la moral pública, de la pluralidad de enseñanza, de la libertad para practicar las propias creencias, del respeto y ayuda a los ministros de estas religiones...

«ESTOY, POR EL MOMENTO, EN U. C. D....»

—Cara al primer Congreso de Unión de Centro Democrático, ¿cómo piensa que debe organizarse el partido?

—Yo estoy, por el momento, en U. C. D. a través del Partido Demócrata Cristiano, de cuya ejecutoria forma parte. Pienso que U. C. D., para ser unitario, ha de tener una estructura democrática; que cada ala o tendencia tenga el peso que le corresponda, sin desigualdades irritantes. Y que no haya un solo cargo directivo que no haya sido previamente elegido por un cuerpo electoral definido y transparente.

—¿Y cuál es el «peso» de la democracia cristiana en Unión del Centro?

—Desgraciadamente, bastante menor del que ha merecido por su generoso comportamiento. Y no digo más.

—¿Le parece que U. C. D. debería impulsar, de alguna manera, un sindicato no marxista?

—¿Por qué no se va a poder ofrecer a los trabajadores que no sean socialistas ni comunistas un marco sindical y asociativo propio? ¿No es esto normal en otros países de Europa? ¿No es lógica consecuencia del ejercicio de la libertad? En estas tres preguntas creo que se contiene una respuesta.

—¿Cree usted en la eficacia del Pacto de la Moncloa?

—Puede ser efectivo si se aplica conjuntamente, con orden y justicia, estos dos verbos: invertir y trabajar.

«SUAREZ NECESITA ENCONTRAR SU PUESTO EN LA DERECHA»

—¿Sobre qué temas ha aconsejado usted al presidente?

—Sobre lo que me considero «especialista»: las ideas generales.

—El presidente, ¿se deja aconsejar?

—Sólo puedo decir que Adolfo Suárez siempre me ha escuchado con respeto. Naturalmente, las decisiones finales son suyas, no mías.

—¿Es desconfiado Adolfo Suárez?

—No lo es por naturaleza. Sin embargo, en tanto en cuanto ejerce el Poder, pienso con tristeza que a veces se procura alimentar su desconfianza y su recelo.

—Sin duda es usted el consejero que más y mejor conoce al presidente. Dígame cómo es, como lo ve usted.

—Creo que es un hombre especialmente dotado para la política, inteligente, audaz y con un gran equilibrio interior. Hay que añadir dos valores: prudencia y simpatía. Pero necesita encontrar definitivamente su puesto en una situación política democrática y pluralista.

—No entiendo bien. ¿Quiere usted decir que Suárez ha de aprender a ser presidente, o a ser demócrata?

—¡No, no! Quiero decir que no es, que no puede ser, otra cosa que un hombre clave en la derecha democrática.

Subraya con cierto énfasis la palabra «derecha». Pasamos a hablar del reemplazo futuro en el liderazgo. Hace año y medio, designado Suárez presidente del Gobierno, todo el mundo se preguntaba perplejo: «¿Y este "chico" va a poder?» Hoy hemos pasado al otro extremo. La gente comenta: «Y si quitas a Suárez, ¿a quién pones?» Pregunto a Osorio sobre «alternativas» en U. C. D. y me dice rotundo:

—¡No quiero ni entrar a responder a esa pregunta!

● «Suárez necesita encontrar definitivamente su puesto en una democracia pluralista.»

● «Suárez es inteligente y sabe que los partidos personalistas acaban en mesnadas.»

● «Adolfo se inclinó al centro-izquierda por razones que deseo sean sólo tácticas. Yo respeto su posición, pero no la comparto.»

—Entonces, ¿es Suárez el único líder del partido? ¿O hay otros?

—En todo partido político bien organizado deben existir varias eximias figuras intercambiables, que juegan en función de la coyuntura política. Esto les vigoriza extraordinariamente. En esta misma línea creo que como Adolfo Suárez es inteligente y sabe que los partidos personalistas no terminan siendo sino mesnadas, precisa potenciar, y no marginar, a cuantas personas válidas existan en el seno de U. C. D.

□ «NI SUELDO, NI DESPACHO»

—Vistos desde fuera, los conflictos de U. C. D. hacen sospechar que cada parlamentario «lleva un presidente en la tripa»: exceso de personalismos. ¿Qué opina usted?

—Que en las grandes formaciones políticas de Occidente, a los hombres les unen las ideologías, no las amistades interpersonales. Estas pueden no existir, incluso darse el caso de la enemistad particular; pero si prima la conexión ideológica, las enemistades se acallan y se toleran civilizadamente. Por ello me parece urgente delimitar y cimentar bien en U. C. D. los principios ideológicos.

—Hablando de otra cosa: ¿Cuánto cobra un consejero presidencial, por serio?

—Yo, absolutamente nada. Mi única condición para aceptar fue, precisamente, «ni sueldo ni despacho».

—Un consejero, ¿es «un ministro en la sombra»?

—Ni ministro, ni en la sombra.

—Mirando hacia atrás, aquel día de julio del 76, en que su amigo el flamante presidente Suárez le llama a ser vicepresidente de su Gobierno... ¿volvería usted a aceptar?

—Rotundamente, sí.

—Y mirando hacia adelante, si en la remodelación gubernamental en puertas, Suárez le propusiese el retorno, ¿qué?

—Le contestaría que no deseo volver al Gobierno.

—Entonces, ¿qué piensa usted hacer?

—Defender, si puedo, en el marco de U. C. D. mis ideales y mis convicciones. Defenderlos, en todo caso.—Pilar URBANO.